
No ser una víctima: el sexo, la violación y el problema de obedecer las normas*

Mary Gaitskill

A principios de los años setenta tuve una experiencia que podría describirse como violación por un conocido [*acquaintance rape*]. De hecho, he tenido dos o tres experiencias de ese tipo, pero ésta es la que se ajusta al perfil de manera más dramática. Tenía 16 años y vivía en el departamento de una muchacha algo mayor, a quien acababa de conocer en un miserable centro de acción social en Detroit. Había estado en su departamento unos cuantos días cuando un tipo mayor conocido de ella vino y nos preguntó si queríamos meternos ácido. En aquellos años, entrarle al ácido con completos desconocidos era consistente con lo que para mí era pasar un buen rato, así que acepté. Cuando empecé a "elevarme", mi anfitriona decidió que tenía que ir a ver a su novio. Y allí estaba yo, sola con este tipo que, de pronto, se plantó frente a mí.

Parecía que se me estaba lanzando, pero no estaba segura. Mis sentidos estaban bastante desquiciados y además él era negro y ciudadano pobre, lo que significaba que yo, al ser blanca de los suburbios y muy inexperta, no sabía cómo interpretarlo como podría haberlo hecho con un chico blanco. Traté de distraerlo con la plática pero era difícil, tomando en cuenta que si las oraciones lógicas me resultaban difíciles, más lo era contestar atinadamente. Durante un largo silencio le pregunté qué estaba pensando. Sin mirarme a los ojos respondió: "Que si yo no fuera un tipo tan decente, podría estar cogiéndote". El comentario me sonó a amenaza, aunque velada. Pero en vez de pedirle que se explicara o se marchara, cambié de tema. Momentos después, cuando puso su mano en mi pierna, le seguí el juego porque no podía enfrentar la idea de que si me negaba, la situación podría ponerse fea. No creo que él tu-

*Copyright, 1994 de *Harper's Magazine*. Todos los derechos reservados. Reimpresión por permiso especial. Texto aparecido en el número de marzo.

viera la menor idea de cuán renuente me sentía —la distancia cultural valía para ambos—, y supongo que él habrá pensado que las muchachas blancas nada más se tienden allí y no hacen ni dicen gran cosa. Mi mal momento se vio empeorado por su extrema gentileza; era obvio que se esforzaba por complacerme, lo cual, por razones que no entendí, me conmovió. Aun al ser tan inexperta, sentí que a su modo deseaba un encuentro romántico.

Durante algún tiempo después describí este suceso como “la vez que fui violada”. Cuando lo decía sabía que la expresión no era del todo precisa, que, después de todo, yo no había dicho que no. Sin embargo, yo *sentía* que sí era precisa. Pese a mis sentimientos ambiguos, casi empáticos, por esa pareja que no elegí, el sexo no deseado bajo los efectos del ácido es una pesadilla, y sí me sentí violada por la experiencia. En ocasiones incluso mentí sin chistar acerca de lo que ocurrió y exageré burdamente la violencia y la amenaza, no por vergüenza o culpa, sino porque la versión inflada era más congruente con mi sensación de haber sido violada que con los hechos confusos. De vez en cuando, a la mitad del relato de una versión exagerada de la historia, recordaba al hombre real y en mi interior me detenía, sin estar segura de cómo se ajustaba el recuerdo a lo que decía o de dónde procedía mi sensación de haber sido violada, y luego continuaba con mi historia. Me avergüenza admitir esto porque me resulta embarazoso y porque temo que la admisión pueda tomarse como evidencia de que las mujeres mienten “para vengarse”. Deseo enfatizar que no habría mentido así en el tribunal o en cualquier otro contexto que pudiera tener consecuencias prácticas; ni siquiera se me ocurrió llevar mi caso a juicio. Mentí no por venganza sino en función de lo que sentía, que era la verdad metafórica.

Recuerdo mi experiencia en Detroit, incluida su secuela, cada vez que escucho o leo una discusión más sobre lo que constituye una “violación en una cita” [*date rape*]. La recuerdo cuando una/un crítica/o más condena el “victimismo” y se queja de que todo el mundo imagina ser una víctima y que ya nadie acepta responsabilizarse. Puedo imaginar que cuento mi historia para probar que la violación se produce mediante amenaza sutil al igual que mediante la fuerza manifiesta. También puedo imaginar que la cuento como si yo fuera una de esas nenas lloronas que quieren sentirse víctimas. Ambas historias serían a la vez verdaderas y no verdaderas. La verdad completa es más complicada de lo que parecen querer aceptar la mayoría de las/los intelectuales que han escrito ensayos

regañones sobre el victimismo. No entendí por completo mi propia historia hasta que, muchos años después, se la relaté a una mujer mayor que yo, como una prueba de la poca confiabilidad de los sentimientos. “Creo que tus sentimientos eran confiables”, respondió. “Suena como que fuiste violada. Suena a que te violaste tú misma”. En ese instante supe que lo que ella decía era cierto, que al ni siquiera intentar hablar por mí misma, en un sentido, me había violado a mí misma.

No digo esto en un tono de autorrecreación. Me encontraba en una situación difícil: yo era muy joven y él era agresivo. Pero mi incapacidad de hablar por mí misma —de *defenderme*— tenía poco que ver con esos hechos. Era incapaz de defenderme porque nunca se me había enseñado cómo hacerlo.

En los años sesenta, al crecer, el mundo de los adultos me enseñó que las niñas buenas nunca tenían relaciones sexuales y las niñas malas sí. Esta norma era clara pero nada más; así como se me presentaba, no daba cabida a lo que en realidad podría sentir, lo que podría querer o no querer. Dentro de los límites de esta norma yo no contaba mucho, y la rechacé con bastante vigor. Luego siguieron las “normas” menos claras de la moda cultural y el ejemplo de mis iguales que decían que si eras de la onda querías acostarte tantas veces y con tanta gente como fuera posible. Este mensaje nunca se planteó como una norma, pero, al considerar cuán absolutamente se entretreía con la etiqueta social de la época (al menos en los círculos que me importaban), bien pudo serlo. Me sentaba mejor que la norma de los adultos —al menos me concedía mi sexualidad—, pero nuevamente no tomaba en cuenta lo que yo podía querer o no en realidad.

Sin embargo, el encuentro en Detroit no tuvo nada que ver con ser buena o mala, de la buena o mala onda. Se trataba de alguien que deseaba algo que yo no quería. Como sólo me habían enseñado a obedecer normas que eran de algún modo más importantes que yo, no sabía qué hacer en una situación donde no existían normas y donde se requería que yo hablara por mí. Nunca me habían enseñado que yo importaba. Así que me sentía indefensa, incluso victimizada, sin saber bien por qué.

Mis padres y maestros creían que las normas sociales existían para protegerme y que la adhesión a estas normas constituía la responsabilidad social. Irónicamente, mis padres hacían justo lo que muchos comentaristas recomiendan como un remedio para el victimismo. Decían

que me amaban y que yo importaba mucho, pero no era éste el mensaje que yo recibía de la manera como se conducían ellos mismos en relación con la autoridad y la convención social: éste era no sólo que yo no importaba, sino que *ellos* no importaban. En este sentido, eran representativos de otros adultos que conocía, así como de la cultura que los rodeaba. Cuando empecé a tener problemas en la escuela, tanto social como académicamente, un consejero me exhortó a “seguir el juego” —es decir, a acomodarme a todo, desde la política escolar hasta la “ley del más fuerte” de los adolescentes—, sin importar lo que yo pensara de “el juego”. Mi tía, con quien viví durante algún tiempo, de hecho quemó mis pantalones de mezclilla y mis camisetas porque violaban lo que para ella eran los ideales del decoro. Una buena amiga mía vivía en guerra campal con su padre debido a su cabello y ropas de hippie que eran, claro está, de rigor entre sus iguales. Al descubrir que fumaba marihuana, la recluyó en un sanatorio.

Mucha gente de clase media —tanto hombres como mujeres— aprendió, como yo, que la responsabilidad equivalía a la obediencia de normas externas. Y cuando las normas dejan de funcionar no sabe qué hacer, como el enfurecido y empistolado protagonista de la película *Falling Down*, interpretado por Michael Douglas, quien al concluir su ridícula trayectoria declara indefenso: “Hice todo lo que me dijeron”. Si me hubieran educado para llegar a mis propias conclusiones acerca de qué normas eran congruentes con mi experiencia interior del mundo, esas normas hubieran tenido más significado para mí. En vez de eso, generalmente recibía una serie de pronunciamientos estáticos. Por ejemplo, cuando tenía trece años, mi madre me dijo que yo no podía usar una falda corta porque “las niñas lindas no usan faldas arriba de la rodilla”. Yo respondí, por supuesto, diciendo que mi amiga Patty usaba faldas arriba de la rodilla. “Patty no es una niña linda”, contestó mi madre. Pero Patty era linda.

Mi madre es una persona muy inteligente y sensible, pero no se le ocurrió definir para mí lo que quería decir con “linda”, qué tenía que ver “linda” con el largo de las faldas, y cómo podrían relacionarse las dos definiciones con lo que yo veía que era lindo, o no lindo y entonces dejar que yo decidiera por mí misma. Es cierto que la mayoría de las adolescentes de trece años no se interesan, o no son muy capaces de hacerlo, en el discurso filosófico, pero eso no significa que los adultos no puedan explicarse mejor con las/los niñas/os. Parte de volverse res-

ponsable es aprender a tomar una decisión sobre dónde te encuentras respecto al código social y luego responder por tu elección. Por lo contrario, muchas/os niñas/os que crecieron en mi medio recibieron absolutos abstractos que nos ponían delante como si nuestros pensamientos, sentimientos y observaciones fueran irrelevantes.

Hace poco escuché por la radio una mesa redonda de feministas que apoyaban la aprobación de leyes que prohibieran a los hombres tocar o hacer comentarios sexuales a las mujeres en la calle. Las/los radio escuchas llamaban para expresar sus reacciones en favor y en contra, pero a quien recuerdo es una mujer que dijo: "Si un hombre me toca y no quiero que lo haga, no necesito una ley. Lo golpeo". Las participantes permanecieron calladas. Luego una respondió con voz titubeante: "Supongo que sencillamente nunca aprendí a hacer eso". Comprendí que la feminista podría no querer pelear a golpes con un hombre seguramente mucho más grande que ella, pero si su respeto por sí misma se veía minado con tanta facilidad por un comentario obsceno de algún patán en la calle, me pregunté, ¿cómo esperaba andar por la vida? Era exactamente el tipo de mujer que las críticas de la cultura como Camille Paglia y Katie Roiphe han ridiculizado como "feminista de crisis de violación": puritanas, cobardes, damas secretamente victorianas que desean erradicar la ambigüedad del sexo por medio de la legislación. Me resultó muy fácil sentirme farisea y le gruñí con sarcasmo a mi radio mientras las feministas parloteaban sobre la autoestima.

Sin embargo, yo estaba en conflicto. Si había existido un momento en mi propia vida cuando no pude defenderme, ¿cómo podía esperar que otras personas lo hicieran? Podría argumentarse que las mujeres maduras de la mesa redonda debían ser más capaces que una muchacha de 16 años noqueada por el ácido, pero tal idea presupone que la gente evoluciona a un paso predecible o reacciona ante las circunstancias acudiendo a conclusiones universalmente aceptadas. Esta es la suposición crucial y tácita al centro del debate sobre "violación en una cita", así como del discurso más comprehensivo sobre el victimismo. Es una suposición que en un sentido amplio, pero potente, me hace pensar en una norma.

Las feministas que postulan que los muchachos deben obtener un "sí" bien deletreado antes de tener relaciones sexuales, tratan de establecer normas, escritas en piedra, que se apliquen a todos y cada uno de los encuentros, y que toda persona responsable debe obedecer. La nueva norma se parece a la vieja norma de buena muchacha/mala muchacha,

no sólo debido a su sugerencia implícita de que las muchachas deben ser protegidas, sino también debido a su naturaleza absoluta, su férrea negación de la complejidad y la ambigüedad. Tal norma me eriza al igual que le sucede a mucha otra gente. Pero, ¿en realidad deberíamos desconcertarnos e indignarnos porque se ha propuesto otra norma? Si la gente ha sido educada en la creencia de que ser responsable es obedecer ciertas normas, ¿qué van a hacer con un problema tan complicado como la “violación en una cita”, excepto intentar crear nuevas normas que les parecen más justas o útiles que las viejas?

Pero las “feministas de crisis de violación” no son aquí las únicas absolutistas: sus críticas/os caen en el mismo juego. Camille Paglia, autora de *Sexual Personae*, ha dicho repetidamente que cualquier muchacha que va sola a la casa de una fraternidad¹ y se emborracha, está buscando que la ataquen tumultuariamente, y si no lo sabe, pues, entonces es “una idiota”. El comentario es muy impresionante, no por su cruda rudeza sino por su solipsismo reductivo. Supone que todas las muchachas universitarias han tenido las mismas experiencias que Paglia y han llegado a las mismas conclusiones sobre ellas. Cuando entré en la universidad, había vivido fuera de casa durante años y había tenido mis buenas experiencias. Nunca fui a la casa de una fraternidad pero me involucré con hombres que vivían en caóticas “casas de muchachos” que apataban a calcetines sucios y *rock and roll*. Yo iba, bebía y pasaba la noche con mi amante de turno. Nunca se me ocurrió que corría el riesgo de ser violada tumultuariamente y si lo hubiera sido, me habría sentido conmocionada y muy lastimada. Aunque parte de mi experiencia había sido mala, no me había llevado a concluir que muchachos más alcohol dan como resultado una violación tumultuaria, y yo no era ingenua ni idiota. Katie Roiphe, autora de *The Morning After: Fear, Sex and Feminism on Campus*, critica a las muchachas que, en su opinión, crean un mito de falsa inocencia: “Pero, ¿acaso estas muchachas del siglo veinte, educadas con los videos de Madonna y los noticieros vespertinos, realmente creen que la gente es buena hasta que ellas mismas son violadas? Quizá. Estas muchachas, educadas con las películas de terror y las atractivas escenas de sexo de Hollywood, ¿en verdad son tan inocentes como dicen?” Simpatizo con el fastidio de Roiphe, pero me sorprende que una chica inteligente como ella parezca no saber que la gente procesa información e

¹[N. de las Trad.: “Fraternity house” es la casa donde se reúnen los jóvenes universitarios pertenecientes a un club estudiantil determinado.]

imágenes (como los videos de Madonna y los noticieros) con una subjetividad compleja que no afecta de manera predecible sus ideas sobre lo que puede esperar de la vida.

No se trata de que Roiphe y Paglia estén invocando normas, pero sus comentarios parecen provenir de la creencia de que todos, excepto los idiotas, interpretan la información y la experiencia del mismo modo. En ese sentido, su actitud no es tan diferente de la de aquellas damas dedicadas a establecer normas y reglamentos de corte feminista para el sexo. Tales normas, igual que las normas viejas, suponen una cierta uniformidad psicológica de la experiencia, un camino correcto.

La retórica acusatoria y a veces dolorosamente emocional oculta un intento no sólo por crear nuevas normas sino también por codificar la experiencia. Es obvio que las "feministas de crisis de violación" hablan por muchas mujeres y muchachas que, en una extensa variedad de circunstancias, han sido o se han sentido violadas. Si no se ocuparan de una experiencia difundida y real de violación y dolor no recibirían tanta atención. Al preguntar: "¿Son en verdad tan inocentes?", Roiphe duda de la veracidad de la experiencia de la que cree ocuparse porque no se ajusta a la suya ni a la de sus amigas. Al no haberse sentido violada ella misma —aunque asegura que ha tenido una experiencia que muchas/os llamarían ahora "violación en una cita"— no puede comprender, o ni siquiera creer, que alguien más se sienta violada en circunstancias similares. Por lo tanto, cree que todo el alboroto es una treta política o, incluso peor, un deseo retrógrado de regresar a los ideales limitantes de la feminidad indefensa. A su vez, las/los detractoras/es de Roiphe que no han tenido su optimista experiencia de "la mañana siguiente", la consideran ignorante e insensible, o una secreta víctima de violación que vive en completa negación del hecho. Los dos grupos, al creer que su propia experiencia es la verdadera, parecen reacios a reconocer la verdad emocional de la otra parte.

Es en este momento cuando el "debate de la violación en una cita" se parece al debate más amplio acerca de cómo y por qué los estadounidenses parecen tan ansiosos de identificarse y ser identificados por otros. Han aparecido innumerables artículos y libros escritos en un lenguaje desconcertado aunque intimidante, que ridiculizan a las/los beatas/os políticamente correctos que quieren pasar por víctimas y a las/los tontas/os mimadas/os y egocéntricas/os que asisten a cursos intensivos de doce pasos, meditan sobre su niña/o interior y estudian li-

bros santurrones de superación personal. Todas/os las/los críticas/os revisionistas se han divertido mucho con el movimiento de recuperación; se enojan con esa gente materialmente próspera que describe su infancia como “un holocausto”, y concluyen con una fiera exhortación a volver a la racionalidad. Estas/os críticas/os rara vez hacen más que un intento superficial por entender por qué la población se comporta de esta manera.

En un ensayo obsesivo y encolerizado aparecido en *Harper's* (“Victims, All?”, octubre 1991) y que casi se ha convertido en un prototipo del género, David Rieff expresó su indignación y desconcierto ante las personas que viven en la opulencia y se sienten heridas y desilusionadas por la vida. Enojado, comparó a las/los estadounidenses ricas/os obsesionadas/os con su niña/o interior, con los padres tercermundistas preocupados por alimentar a sus niñas/os reales. En el nivel más evidente, es necesario establecer este contraste. Pero pongo en duda la idea de Rieff de que el sufrimiento es algo definible, de que él sabe qué es y de que, como algunos tipos de dolor emocional no se ajustan a esta definición, no pueden existir realmente. Esta idea no le permite respetar mucho la experiencia de otras personas, o ni siquiera verla. Para la mayoría de la gente puede ser ridículo y perversamente egocéntrico describir como un “holocausto” aquello que fue desagradable en su infancia, pero sospecho que cuando la gente habla así, intenta decir que en su infancia no recibió suficiente de lo que después necesitaría para saber quién es o para llevar una vida verdaderamente responsable. Así, se encuentra en un estado de pérdida desconcertante que no puede articular, excepto a través de una exageración disparatada —muy semejante a la definición que di a mis sentimientos inexplicables después del episodio en Detroit. “Holocausto” puede ser una exageración burdamente inapropiada, pero hablar con metáforas exageradas sobre el daño psíquico no es tanto el acto de una nena llorona como un intento distorsionado por explicar la experiencia propia. Pienso que la distorsión proviene de un deseo desesperado de que la experiencia propia tenga importancia para los demás, y que esta desesperación proviene de una aplastante duda de que la propia experiencia tenga siquiera algún valor.

En su libro *I'm Dysfunctional, You're Dysfunctional*, Wendy Haminer se refiere con crueldad a las mujeres que toman cursos intensivos y hablan sobre su violación metafórica. “Aquí es un artículo de fe que el sufrimiento es relativo; nadie dice que preferiría una violación

metafórica a una de hecho”, escribe, como si ni siquiera una loca prefiriera una violación literal a una metafórica. Pero de hecho, tal vez yo sí. Como dos años después de mi “violación” en Detroit, fui violada realmente. La experiencia fue aterradora: mi atacante dijo varias veces que me mataría, y pensé que era capaz de hacerlo. El terror fue incisivo, pero cuando terminó, de hecho me afectó menos que muchas otras situaciones cotidianas de brutalidad emocional que he sufrido o visto que sufren otras/os. Sinceramente, he quedado más marcada por experiencias que tuve en el patio de la primaria. Me doy cuenta de que la observación puede parecer extraña, pero para mí la violación fue un acto claramente definido, perpetrado en mí por un pendejo loco a quien no conocía y en quien no confiaba; no tenía nada que ver conmigo ni con la persona que yo era. Por eso, una vez terminado, fue relativamente fácil ignorarlo. La crueldad emocional es más complicada, con frecuencia es imposible entender sus causas y a veces es ejercida por gente que dice que le agradas o incluso que te ama. Casi siempre es difícil saber si has desempeñado un papel en lo que sucedió y, si es así, cuál fue éste. La experiencia *no te abandona*. Cuando fui violada había visto suficiente crueldad emocional como para sentir que la violación, aunque mala, no fue particularmente traumática.

Mi reacción puede extrañarle a algunas/os, pero mi argumento es que el dolor puede ser una experiencia que desafía la codificación. Si miles de estadounidenses dicen que padecen dolor psíquico, yo no me apresuraría a tacharlos de tontos autocomplacientes. Una metáfora como “la/el niña/o interior” puede ser boba y esquemática, pero tiene una subjetividad fluida, especialmente cuando es proyectada en el mundo por una noción populista como “la recuperación”. Frases ubicuas pertenecientes al movimiento de recuperación, como “Todas/os somos víctimas” y “Todas/os somos codependientes”, quizá no parezcan dejar mucho margen para la interpretación, pero de hecho son tan vagas que piden ser interpretadas y proyectadas. Estas frases son presa fácil de la ridiculización, pero resulta superficial juzgarlas por lo que parecen ser, como si tuvieran el mismo significado para todas/os. Lo que significa “niña/o interior” depende de quién lo diga, y no todas/os lo entenderán como una metáfora de indefensión. Sospecho que la mayoría de las/los entusiastas de la/el niña/o interior emplean la imagen de ellas/os mismas/os no para *evitar* responsabilizarse sino para aprender a responsabilizarse regresando al momento en que *debieron* aprenderlo —la ca-

pacidad de pensar, elegir y hablar por sí mismas/os— y no lo hicieron. Tal como lo entiendo, lo importante de identificar una/un “niña/o interior” es ubicar la parte de una/uno misma/o que no maduró para luego desarrollarla una/uno misma/o. Si esto funciona o no es una pregunta sin respuesta, pero se trata de un intento por aceptar la responsabilidad, no por eludirla.

Durante mi transición de adolescente a joven no podía soportar ver películas o leer libros que, según yo, de alguna manera degradaban a las mujeres. Evaluaba todo lo que veía o leía en términos de si presentaba una “imagen positiva” de las mujeres. Yo era una feminista muy políticamente correcta antes de que existiera el término, y a partir de lo que ahora sé, comprendo que mi rigidez crítica surgió de mi incapacidad para responsabilizarme por mis propios sentimientos. En este contexto, ser responsable hubiera significado que yo me permitiera sentir incomodidad, indignación o repulsión sin dejar que esos sentimientos determinaran mi reacción entera a una determinada obra. Es decir, hubiera significado trabajar con mis sentimientos y sus causas más que esperar que el mundo exterior los aliviara. Hubiera podido optar por no ver el mundo a través de la lente de mi desdicha personal sin perder una especie de respeto por mi desdicha. Por ejemplo, pude haber decidido evitar ciertas películas o libros debido a mis sentimientos, sin culpar a la película o al libro por hacerme sentir así.

Mi irresponsabilidad emocional no surgió de una necesidad de sentirme victimizada, aunque a otra persona pudiera parecerle así. Básicamente hacía lo que había visto hacer a la mayoría de las/los críticas/os culturales aceptadas/os: de ellas/os aprendí a ver las obras de arte en términos del mensaje que comunicaban y, además, que el mensaje podía juzgarse con base en las ideas consensuales sobre lo que es la vida, y cómo puede y debe ser vista. Mis ideas, como la mayoría de las ideas políticamente correctas, eran extremistas pero consistentes con el pensamiento más aceptado: sólo modificaban un poco los parámetros de aceptabilidad.

Las cosas no han cambiado mucho: cuando menos la mitad de las reseñas de libros y películas que leo elogian o condenan una obra a partir de cuán agradables son los personajes —como si hubiera una idea estándar de lo que es agradable—, o porque el punto de vista de la/el autora/or es o no “optimista”, o lo que sea que la/el crítica/o cree que es la actitud correcta hacia la vida. El largo y bastante histérico debate

sobre la película *Un final inesperado* (*Thelma and Louise*)—en la que dos mujeres comunes y corrientes se vuelven fugitivas cuando una le dispara al violador de la otra— se basó en la idea supuesta de que las historias funcionan como instructivos, y que el hecho de que la película fuera buena o mala dependía de si las instrucciones eran correctas. Tal crítica supone que las/los espectadoras/es o lectoras/es necesitan ver reflejado cierto tipo de universo moral o, en tanto que recipientes vacíos, podrían confundirse, deprimirse o algo así. Un respetado ensayista del *Time* encontró fallida mi novela *Two Girls, Fat and Thin* porque tiene personajes masculinos desagradables, que interpretó como un comentario moral sobre los hombres en general. Concluyó su texto con el deseo ferviente de que la ficción no “empequeñeciera” a los hombres y a las mujeres, sino que buscara “elear nuestra visión” de ambos. Es decir, debería señalarle el camino “correcto” a la/el lectora/or, que tal parece no es suficientemente responsable para desentrañarlo sola/o.

Soy muy diferente de la adolescente políticamente correcta que se salía de las películas que presentaban mujeres desde una perspectiva degradante. Conforme pasó el tiempo, me he vuelto más segura de mí misma y de mi capacidad para determinar lo que me sucede y, como resultado, esas imágenes ya no tienen una carga emocional tan fuerte. No creo que afecten mi vida en la práctica, a menos que se los permita. Ya no siento que las historias misóginas son sobre mí o incluso sobre las mujeres (sin importar que ésta sea su intención o no), sino que son sobre los tipos de experiencia que desean mostrar las/los autoras/es y, por lo tanto, no me incumben. Considero que mi perspectiva actual es más equilibrada, lo que no significa que mis sentimientos anteriores estuvieran equivocados. La razón por la cual no podía ver que “le faltaran el respeto a las mujeres” en esa época era que tales representaciones estaban muy cerca de mi propia experiencia (que en su mayoría no era nada fuera de lo común), y me resultaban dolorosas. Yo mostraba un respeto simplista al no someterme a algo que no estaba preparada para enfrentar. Al ser incapaz de separar mi experiencia personal de lo que veía en la pantalla, no estaba trabajando con mi propia experiencia. Creo que esto era así porque, paradójicamente, todavía no había aprendido a valorarla. Es difícil ser responsable por algo que carece de valor. Si alguien me hubiera criticado por ser dogmática y de mentalidad limitada habría tenido razón, pero esa razón no habría tomado en cuenta la verdad de mi experiencia no reconocida, y por ende no me habría tomado en cuenta a mí.

Muchas/os críticas/os de la cultura de superación personal se oponen a tratar la realidad emocional o metafórica como si equivaliera a la realidad objetiva. Estoy de acuerdo en que no son lo mismo. Pero la verdad emocional con frecuencia está ligada a una verdad de una modalidad más objetiva y debe ser tomada en cuenta. Esto es especialmente cierto tratándose de problemas complejos como la “violación en una cita” y el victimismo, que de cualquier manera suelen discutirse en términos de suposiciones tácitas sobre la verdad emocional. Sarah Crichton, en un reportaje central de *Newsweek* sobre “lo correcto en el ámbito sexual”, describió el “extraño rodeo” tomado por algunas feministas y sugirió que “no estamos creando una sociedad de Mujeres Jóvenes Enojadas. Estas son Pequeñas Niñas Asustadas”. El comentario es tan despreciativo como superficial; no muestra interés en saber *por qué* las niñas pueden estar asustadas. Con esta lógica, el enojo se considera implícitamente como un estado emocional más deseable porque parece ser más potente, y “asustadas” se emplea como peyorativo. Es posible avergonzar a alguien y hacer que oculte su temor, pero si no nos ocupamos de la causa del miedo, éste no desaparecerá. Crichton concluye su artículo diciendo que “Aquellas/os que crecen en ambientes en los que no tienen que deducir cuáles son las normas, sino que sólo tienen que seguir lo que ha sido prescrito, están siendo privadas/os de la lección más importante que existe: cómo vivir”. No podría estar más de acuerdo. Pero a menos que una/uno haya aprendido a pensar por sí misma/o le será difícil elaborar sus propias normas y se sentirá asustada/o, sobre todo cuando se corra el riesgo real de un ataque sexual.

Una de las razones por las que me acostaba con desconocidos cuando en realidad no lo deseaba, era porque una parte de mí deseaba la aventura y esa parte más ruda se imponía a la parte de mí que estaba asustada y que dudaba. Apuesto que lo mismo le sucedía a muchos de los muchachos con quienes tuve estas experiencias. Toda la gente tiene su lado agresivo y rudo al igual que su lado más delicado. Si no se han desarrollado estas características de maneras que respeten a una/uno mismo/a/o y a las/los demás, será difícil responsabilizarse por ellas. No creo que sea posible desarrollarse así si se está sintonizada/o para seguir normas y códigos que no conceden suficiente importancia al propio mundo interior. Yo era una niña voluntariosa con muchos impulsos agresivos que, por diversas razones, me obligaron a no

desarrollar. Permanecieron ocultos bajo una superficie de pasividad extrema y cuando aparecían, con frecuencia lo hacían de manera desenfundadamente irresponsable, casi desquiciada. Mi temprana atracción por muchachos y hombres agresivos era en parte una necesidad de ver a *alguien* dar salida a los sentimientos distorsionados que yo no sabía manejar, por muy destructivo que esto fuera. Sospecho que los muchachos que tratan a las muchachas con una agresión irrespetuosa no han logrado desarrollar su lado más dulce y sensible, e intentan recuperarlo inútilmente al "poseer" a una mujer. Las listas de instrucciones sobre lo que es lindo y lo que no lo es no ayudarán a quienes se encuentran en una situación tan confusa. He observado que mucha gente se encuentra en tal estado en menor o mayor grado.

No soy suficientemente idealista como para esperar que algún día viviremos en un mundo sin violaciones y otras formas de crueldad sexual. Creo que hombres y mujeres siempre deberán luchar para actuar con responsabilidad. Pero creo que podríamos lograr que esta lucha fuera menos difícil si transformáramos la manera como enseñamos la responsabilidad y el comportamiento social. Enseñarle a un muchacho que la violación es "mala" no es tan efectivo como hacerle ver que la violación también es una violación a su propia dignidad masculina, y no sólo una violación a la mujer violada. Es verdad que los niños no conocen palabras rimbombantes y que los adolescentes no se interesan en lo absoluto por su propia dignidad. Pero éstas son cosas que los niños aprenden más fácilmente con el ejemplo que con palabras, y aprender del ejemplo deja huella.

Hace algunos años invité a cenar a casa a un hombre a quien conocía superficialmente desde hacía dos años. Habíamos cenado y bebido amistosamente algunas veces. Yo no tenía intenciones de involucrarme sexualmente con él, pero después de cenar nos emborrachamos poco a poco y pronto nos encontramos retozando en el sofá. Yo estaba indecisa no sólo por estar borracha, sino porque me di cuenta de que parte de mí lo deseaba y el resto no. Así que empecé a decir no. El eludió cada "no" con bromas encantadoras y se puso más agresivo. Yo le seguí el juego un rato porque me divertía e incluso me seducía de algún modo el estilo dulce y juvenil de su conducta. Pero en cierto momento comencé a preocuparme y él hizo y dijo algunas cosas que convirtieron mi preocupación en miedo. No recuerdo la secuencia exacta de palabras o eventos, pero sí recuerdo haber tomado una de sus manos entre las mías,

mirarlo a los ojos y decirle: "Si esto se convierte en una pelea tú vas a ganar, pero sería desagradable para ambos. ¿Eso es lo que quieres realmente?"

Su expresión cambió y bajó la mirada; poco después se marchó.

Considero que esa pequeña decisión fue responsable porque la tomé al considerar tanto mis sentimientos vulnerables como mis impulsos carnales. Cuando hablé, mis palabras surgieron de mi lado delicado al igual que de mi capacidad de agresión. Y también respeté a mi amigo al apelar a ambas partes de su naturaleza. Ahora no me resulta difícil tomar tales decisiones, pero me llevó mucho tiempo llegar a donde me encuentro. Sólo lamento haber tardado tanto; lo lamento por mi joven ser, así como por los muchachos con quienes estuve en circunstancias que ahora considero irrespetuosas para todos los involucrados.

Traducción: Nattie Golubov y Julia Constantino